



**Jean ANDREAU, *The Economy of the Roman World*, Ann Arbor,  
Michigan Classical Press, 2015, 171 p.**

Darío N. Sánchez Vendramini

UNC – UNLaR – IEH, CONICET  
[dsanchez@ffyh.unc.edu.ar](mailto:dsanchez@ffyh.unc.edu.ar)

Recepción del original: 10/07/2019

Aceptación del original: 15/08/2019

Jean Andreau es uno de los historiadores más destacados en el ámbito de la economía antigua. El texto reseñado es la traducción inglesa de su libro *L'économie du monde romain* de 2010,<sup>1</sup> que se ocupa de la economía romana entre los siglos IV a.C. y IV d.C., un período que el autor considera que mantuvo inalterados sus rasgos centrales. La obra cuenta con siete capítulos en total, acompañados de dos breves secciones de “Introducción” y “Conclusiones”. Al final de cada capítulo, se incluye una breve selección de fuentes que ilustra algunos de los temas centrales tratados en cada uno de ellos.

En la introducción, se explican los principios sobre los que se organiza el texto. Andreau considera que, en todos los períodos históricos, la “vida económica” se compone de una secuencia de procesos de producción, circulación y consumo de bienes y servicios. El núcleo del libro se organiza sobre la base de esta secuencia, con dos capítulos destinados a la producción y dos a la circulación, mientras que el consumo es tratado de manera más dispersa a lo largo de la obra.

El primer capítulo presenta un panorama de las discusiones historiográficas en torno a la economía del mundo romano y de la Antigüedad en general, centrado en

---

<sup>1</sup> Jean ANDREAU, *L'économie du monde romain*, París, Ellipses, 2010.

el debate clásico entre la visión primitivista y la modernista. Para Andreau, el eje fundamental del enfrentamiento entre estos enfoques tiene que ver con la forma en que se entienden las diferencias entre la economía antigua y la moderna. Mientras que para los modernistas son sólo cuantitativas o de grado, para los primitivistas son cualitativas o estructurales. Andreau identifica a continuación siete problemas en torno a los que sigue girando la discusión entre estas dos escuelas: 1) racionalidad o inmersión social (*embeddedness*) de las prácticas económicas, 2) unidad económica del mundo romano, 3) existencia de una política económica, 4) el papel de los mercados y de la competencia, 5) los intereses económicos de los integrantes de la elite, 6) el bloqueo tecnológico y 7) la ciudad consumidora o productora.

Andreau dedica las páginas siguientes a una discusión general de los tres últimos de estos problemas, ya que se hace referencia ocasional a los restantes en otras secciones del libro. Respecto del papel económico de las elites, el autor considera que su actividad se concentraba predominantemente en la agricultura y que intervenían de forma ocasional en otro tipo de empresas, generalmente ligadas de alguna manera con ese sector productivo. La excepción es el sector financiero, en el que la intensa participación de los notables está muy bien atestiguada. Respecto de la tecnología, Andreau niega que haya existido un bloqueo. Investigaciones recientes han demostrado que muchos inventos que tradicionalmente se adjudicaban a la Edad Media corresponden en realidad a la Antigüedad. No propone, sin embargo, un regreso ingenuo a una perspectiva modernista. Para evitarlo es necesario comparar al mundo grecorromano con otras sociedades preindustriales. Finalmente, Andreau aborda el problema de la “ciudad consumidora”, concepto del que destaca sus limitaciones. En ese sentido, considera superador el modelo alternativo de “ciudad organizadora” propuesto por P. Leveau.

En el capítulo 2, Andreau se concentra en la agricultura y la ganadería. En primer lugar, presenta un panorama sobre las fuentes de información disponibles. A continuación, analiza las formas de propiedad de la tierra en el mundo romano, que se dividían básicamente en la propiedad privada de lotes, tierras públicas que pertenecían a la ciudad y eran utilizadas colectivamente por los ciudadanos, y tierras públicas que eran arrendadas a particulares. Andreau defiende la veracidad de las historias sobre la existencia de lotes agrícolas muy pequeños en la Roma temprana y considera que éstos podían mantener a una familia, ya que las tierras de la ciudad se usaban como propiedad comunal. Con la expansión militar y el crecimiento del *ager publicus*, comenzó la práctica de arrendar porciones importantes a ciudadanos ricos. Las elites fueron así las grandes beneficiarias de las conquistas militares y acumularon gradualmente dominios agrícolas considerables. La mayor disponibilidad de tierras y de esclavos hizo posible la aparición, en la etapa final de la república, de una nueva organización productiva, la villa esclavista, dedicada a la producción de vino y/o aceite de oliva para el mercado.

Andreau considera que puede describirse a Roma como una “sociedad esclavista” pero no como una “economía esclavista”. Los esclavos eran importantes en sectores específicos pero no constituían el rasgo definitorio de la organización productiva. Tras una breve discusión de las diferentes tesis sobre el desarrollo demográfico de Roma, Andreau pasa a considerar las otras formas de producción agrícola diferentes de la villa esclavista. La principal alternativa era el arrendamiento a pequeños campesinos (*coloni*) o a granjeros (*conductores*).

En el capítulo 3, Andreau analiza las manufacturas romanas. Utiliza ese término para referirse al sector secundario de la economía, ya que las designaciones alternativas de “artesanal” o “industrial” le parecen inadecuadas. Las actividades de este tipo eran en el mundo romano muy variadas, por lo que la exposición se limita a algunos rubros que se consideran especialmente importantes. En primer lugar, se discuten los textiles. La investigación reciente ha demostrado que su importancia era mayor de lo que tradicionalmente se creía. En segundo lugar, se considera la producción de vidrio, que se encontraba dividida en dos sectores, uno que a partir de arena producía el vidrio crudo y otro que a partir de esta materia prima base elaboraba los bienes finales para el consumidor: platos, vasos, botellas, etc. En el período romano, este sector tuvo un importante desarrollo tecnológico con la introducción de la técnica del soplado. Al igual que en el caso del vidrio, la metalurgia también se divide en dos sectores, el minero encargado de la extracción y purificación del metal, y la herrería y orfebrería dedicadas a la elaboración de los bienes de consumo final. La producción de ladrillos, tejas y objetos de cerámica es particularmente importante porque la práctica de estamparlas con diverso tipo de siglas brinda más información sobre la organización de la producción de la que disponemos para otros rubros.

El capítulo 4, sobre bancos y finanzas, es especialmente relevante, dado que Andreau es uno de los mayores especialistas mundiales en la materia. El autor comienza señalando que en el mundo romano el estatus de los individuos dedicados a las finanzas era un factor clave. Este principio permite distinguir grupos diversos. En primer lugar, los banqueros profesionales (*argentarii, nummularii*), que actuaban como receptores de depósitos, prestamistas y cambistas. En segundo lugar, los “financistas notables”, individuos que pertenecían a las elites y complementaban sus actividades productivas con préstamos para incrementar el retorno de sus propiedades. Finalmente, también individuos dedicados al comercio que no pertenecían a las elites pero ocasionalmente otorgaban préstamos. Pasando al papel económico del crédito, Andreau destaca que los banqueros antiguos no distinguían entre los préstamos dedicados al consumo y los destinados a financiar producción. En su opinión, el primer tipo predominaba claramente. Además, en su mayoría eran de corto plazo. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, el sistema financiero romano desempeñaba un papel relevante en la economía del imperio. Finalmente, Andreau analiza el mercado de créditos en su conjunto y argumenta que las variaciones regionales de los tipos de interés permiten rechazar la tesis de

P. Temin sobre la existencia de un mercado de crédito unificado en el mundo romano.

En el capítulo 5 se enfoca en el comercio romano. En una primera sección, Andreau rechaza la caracterización de la economía romana como una “economía de mercado” propuesta por Temin. En su opinión, la evidencia no justifica esa descripción. Por eso, en lugar de “economía de mercado” propone definir al mundo romano como una “economía con mercados” (recuperando un concepto de A. Bresson), en la que éstos desempeñaban un papel de mucha importancia pero no se encontraban plenamente integrados. Andreau destaca, en ese sentido, la importancia de los mercados locales y regionales, a los que los investigadores han tradicionalmente prestado menor atención.

A continuación, Andreau discute el problema planteado por la evidencia de una decadencia económica relativa de Italia frente a las provincias, que habría comenzado a inicios del principado y la habría llevado a perder gradualmente su condición de región exportadora de cerámicas y vinos, para transformarse en una netamente importadora. El autor analiza las explicaciones clásicas de este fenómeno en la historiografía y destaca las tesis de K. Hopkins y H. U. von Freyberg como las más convincentes. De acuerdo con este último autor, las transferencias de capital de las provincias hacia Italia como consecuencia de la conquista produjeron subas de precios en esta última que hicieron a los productos provinciales más competitivos en sus mercados. Andreau cierra el capítulo con una breve discusión del comercio del Imperio Romano con el lejano Oriente.

En el capítulo 6, Andreau considera la cuestión de si el Estado romano tenía o no una política económica. El autor destaca que, si bien los antiguos romanos carecían de un concepto de economía comparable al moderno, el Estado imperial perseguía objetivos ligados a sus propios intereses que se relacionaban con lo que nosotros llamaríamos economía. En primer lugar, el Estado buscaba garantizarse la obtención de los recursos necesarios para su funcionamiento y para cubrir su gasto militar. También se preocupaba por mantener el orden público y por garantizar la seguridad de los ciudadanos romanos, la libre circulación de bienes, la prosperidad de la agricultura y el adecuado abastecimiento de la ciudad de Roma.

En el séptimo y último capítulo, Andreau considera las tendencias de cambio histórico de la economía romana. Se limita en realidad a exponer los rasgos singulares que diferencian, por un lado, al período arcaico y, por otro, al siglo III d.C. y el Bajo Imperio. El autor rechaza la tesis de que la economía de la Roma arcaica haya tenido en sus orígenes una base pastoril y defiende, por el contrario, la idea de que desde un principio tuvo su fundamento en la agricultura. En lo que se refiere al período bajoimperial, Andreau cuestiona el concepto de decadencia por considerarlo impreciso y sesgado. De su panorama se desprende que acepta la existencia de graves problemas durante el siglo III d.C. pero que ve al IV como un período de relativa recuperación.

Al final de la obra Andreau presenta dos conclusiones centrales. Por un lado, que las condiciones de producción y comercialización variaban en cada uno de los sectores de la economía romana. Por otro, argumenta que, a pesar de esas diferencias, todos siguieron un curso histórico semejante, con un desarrollo muy rápido entre los siglos III y I a.C., al que le siguió un período de desarrollo mucho más lento desde comienzos del principado hasta el siglo V d.C.

En lo que se refiere a la metodología, Andreau considera que la historia económica del mundo romano tiene que ubicarse en un término medio entre la historia problema y la recolección de datos. Con esto quiere indicar que la simple construcción de modelos no permite avanzar demasiado nuestra comprensión de los fenómenos estudiados si no se parte para su elaboración de una detallada consideración de las fuentes de información disponibles y de lo que ellas pueden responder. Andreau culmina argumentando a favor de la necesidad de superar el viejo debate entre primitivistas y modernistas. Propone para ello un mayor uso del método comparativo, pero no para ver al mundo romano a la luz de desarrollos posteriores en Europa, sino en relación con otras sociedades preindustriales del mundo no occidental.

En suma, podemos caracterizar a la obra de Andreau como una excelente síntesis que ofrece un panorama amplio del campo estudiado sin por ello sacrificar profundidad. Las únicas deficiencias que podrían señalarse serían la ausencia de un capítulo destinado a los servicios y la escasa atención que se dedica a los problemas demográficos. A pesar de ello, la presente obra constituye la mejor introducción general a la economía romana hoy disponible.